

Sin el lenguaje articulado el hombre no tendría noticia más que de los acontecimientos que registra su efímera existencia: la tradición no existiría, la historia, menos; faltaría esa vestal soberana que mantiene vivo el fuego del pasado y que norma la conducta del individuo y de los pueblos y les proporciona enseñanzas provechosas para cumplir su evolución.

Ya se ve, pues, que suprimiendo el trascendental fenómeno del lenguaje articulado, se suprimiría la civilización, y la vida, como dije antes, no habría sido sino una simple e insípida rutina fisiológica.

He insinuado cómo nació el lenguaje articulado en los albores de la humanidad; voy a referirme ahora al caso concreto de cómo lo adquiere cada hombre, sujetándome a los siguientes datos: si se medita un poco, se notará que la palabra resulta de asociar un elemento psíquico (imagen, idea, sentimiento, volición, etc.) con un elemento fónico (imagen auditiva) y con el movimiento fisiológico de los órganos vocales: así es que el niño y el hombre asocian la percepción de los objetos o fenómenos que se presentan a su espíritu, con las voces con que los nombran otras personas; en seguida, estimulados por el instinto de imitación, procuran reproducir dichas voces que servirán a su vez para despertar en la mente el recuerdo de los propios objetos o fenómenos, siempre que la necesidad o cualesquiera otras circunstancias así lo requieran. Conviene que la concepción del elemento psíquico preceda a los otros procesos, porque si éstos se verifican primero, es frecuente el caso de que el vocabulario se forme de palabras vacuas, vicio que se llama *psitacismo*. Lo mejor es efectuar de manera sucesiva e inmediata los tres procesos: el psíquico, el fónico y el fisiológico o cinésico. Esta observación es oportuna para el que enseña y para el que aprende, pues es malo percibir las cosas o fenómenos e ignorar sus nombres; pero es peor retener las palabras sin conocer su significación o pronunciarlas apartándose de los preceptos de la prosodia.

En los siglos de oro de la cultura humana, el espíritu de investigación arrastró a todas las inteligencias al forzoso cultivo del lenguaje, y entonces éste y la ciencia se estimularon mutuamente para progresar y enriquecerse de modo estupendo. Para cada descubrimiento o invención el lenguaje presentaba sus ricos elementos, y con él la generalización ensanchaba extraordinariamente los límites del conocimiento.

Todas las naciones civilizadas se han preocupado hondamente por el cultivo del lenguaje. La Grecia admira por esta muestra de su intensa cultura; Atenas fué sobre todo, el foco de una refinada educación literaria, y los buenos oradores eran premiados con las manifestaciones del más desbordante entusiasmo. Apenas los niños habían cumplido los siete años de edad, cuando ya el profesor de Gramática les enseñaba, al aire libre, en la calle o en las plazas públicas, la escritura, la mitología y la lectura. Para ésta se empleaba como libro de texto, nada menos que las obras de Homero; después, el educando transponía los umbrales de las escuelas de retórica y de filosofía, donde se le iniciaba en todo lo concerniente a la elocuencia. De esta labor cultural resultó que la sociedad helénica llegó a adquirir una rara perfección en su idioma, infundiéndole tanta armonía y belleza, que no pudo menos que ufanarse de ello y llamar bárbaro-glotas a los pueblos de habla gro-